

# Marginalización y des-marginalización en el movimiento popular

María Angélica Illanes

Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile

He intentado acoger el desafío del seminario de plantear una visión del presente chileno desde la perspectiva histórica. Acoger este desafío significa, de alguna manera, y para ponernos a tono con mi tema, hablar desde una cierta posición de marginal. Pero esta posición de margen no significa un estar "out", sino que ella constituye una suerte de posición epistemológica especial, que permite visualizar en perspectiva lo que podríamos llamar "el tránsito" de categorías o la "transformación", la "consumación" de categorías entre temporalidades históricas diferentes.

Mientras realizaba el año pasado uno de estos ejercicios de reconocimiento y tránsito de categorías, me entretuve anotando una lista encontrada a dos columnas de las categorías que llamé arbitrariamente "viejas" y "nuevas". Puesto que en esta ocasión me veo impelida a hacer el mismo trabajo de reconocimiento y tramitación epistemológica, puede ser pertinente esa lista:

## Categorías "viejas"

pueblo  
Estado  
movimiento social

## Categorías "nuevas"

mercado  
paz social  
gente

burguesía  
ideología  
política  
poder  
tomas  
cambio social  
marginalidad  
clase  
crítica  
lucha  
calle  
conciencia  
utopía  
socialismo  
trabajadores

democracia  
municipio  
elecciones  
actores  
pragmatismo  
huelga legal  
extrema pobreza  
clientela  
identidad  
mapuches  
consenso  
representación  
ecología  
allegados  
progreso

Esto no quiere decir que la dupla "viejo"/"nuevo" sea sinónimo de "verdadero"/"falso". De ninguna manera. Ello quiere simplemente decir que considero necesario, para realizar cualquier análisis histórico actual, asumir una postura epistemológica especial, es decir, ubicarse en algún punto cualquiera de la "diferencia epistemológica".

Uno se puede ubicar, por ejemplo, en un punto que podríamos llamar: a) de negación de una

categoría, por lo que queremos apuntar al movimiento de contra-categoría que la misma categoría históricamente genera, como una fuerza de superación; b) podemos también ubicarnos en un punto que podríamos llamar de consumación de una categoría. Con esto quiero decir, el punto donde una categoría ha alcanzado su realización o ha encontrado su espacialidad histórica donde asentarse, llegando así a ser absorbida, apropiada o incorporada a la vida histórica misma de un pueblo; c) se puede llegar, así, a producir una auto-transformación de la categoría a través de la acción y las energías existentes en el seno mismo de una sociedad; d) podríamos ubicarnos, asimismo, en un punto que llamaríamos de traslado de una categoría, por lo que queremos decir la reubicación de una categoría en otros ámbitos de la formación social. La intención mía, aquí, es juzgar en estos cuatro ámbitos de ubicación de la diferencia epistemológica.

Entre las categorías mencionadas de la primera lista figura la denominada como "marginalidad", categoría desde la cual debería derivar el tema que yo tendría que presentar. No me voy a explayar en los significados que tenía el concepto de marginalidad en la década de los sesenta y setenta, por muchos de ustedes ya conocidos, y que dio origen a numerosos escritos y debates. Debo decir, no obstante, que el término denotaba, con mucho énfasis, a un sector del pueblo que habitaba fuera del radio del espacio moderno urbano, en condiciones de absoluta precariedad y sin ser cooptados a los sistemas asistenciales, educacionales y de servicios formales existentes.

Me interesa puntualizar, al respecto, que el protagonismo histórico alcanzado por el pueblo aquellos años tuvo como resultado muy evidente la acción de negación de dicha categoría, es decir, la acción de des-marginación realizada por el mismo pueblo, quien, tomándose o comprando colectivamente terrenos, auto-fundó una habitabilidad histórica propia, e incluso fundó, desde su propio seno, una subclase, la "clase poblacional". Esta clase, asentada sobre el suelo propio de su nueva habitabilidad, presionó por todos los servicios básicos y, tras su proyecto y acción, se instalaron las instituciones legitimadoras de cualquier sociedad.

Este hecho tiene tanta importancia, que incluso considero que está en la base de la estabilidad social de que hoy día Chile se jacta. Las tomas de terreno, las cooperativas y operaciones sitio, y hasta los loteos brujos, realizados entre los años sesenta y setenta, fundaron y han llegado a consolidar un espacio de habitabilidad popular que ha permitido reproducir en forma ampliada su asentamiento histórico, cooptando al pueblo nómade y sedentarizando a los pobres sobre la tierra.

Este fenómeno, junto con otros, configura y da contenido a un concepto que llamaremos de "modernidad popular" o "proyecto popular moderno", que dice relación con la voluntad social/política, orgánica, desplegada históricamente por el pueblo para vencer las determinantes marginadoras y des-marginar activamente y prácticamente su existencialidad y su proyecto.

Al decir esto, deseo plantear, desde ya, lo siguiente: a) deseo desestimar y sospechar del término "marginalidad" como un concepto a-histórico con cuya formulación se busca establecer una "condición" popular como marginal, lo que es funcional, aunque no se quiera, con una necesidad del sistema; el concepto de "marginalidad" contiene una ideología que intenta situar al pueblo "al margen". Por el contrario, habría que afirmar el término des-marginación como el modo de estar y hacer de las clases populares en la historia moderna; y b) en consecuencia, plantear la necesidad de hablar más bien de "marginación" o de "exclusión", en tanto término activo y verbal que apunta a otro sujeto de esa acción que no es el pueblo: apunta a la clase que levanta, respecto del pueblo, su proyecto de "exclusividad" elitista y marginadora.

Es decir, "marginalidad" no es epistemológicamente lo mismo que "marginación" o "exclusión". Si, de esta manera, aceptamos la verbalización del concepto, entonces podemos entrar a la historicidad popular, es decir, a su experiencia de des-marginación histórica, revirtiendo, de alguna manera, la temática.

En suma, planteamos que la historia social de Chile se ha configurado en importante medida sobre la tensión y juego dialéctico o contradictorio entre las fuerzas de exclusión o marginación y las fuerzas de des-marginación, cual ha sido el pro-

yecto modernizante de las clases populares.

Por otra parte, y según lo que he podido conocer en algunas andanzas poblacionales de estos últimos años, allí se puede observar un fenómeno interesante, vinculado con este fenómeno de la des-marginalización y que, por lo demás, aflora a simple vista. Este dice relación con la acción "inclusiva" (por oposición a ex-clusión o marginalización) que han realizado y realizan permanentemente los pobladores fundadores, respecto de numerosos grupos y familias de pueblo que no tienen donde instalar su existencia, a los que acogen como arrendatarios y allegados a sus terrenos.

Este hecho crucial ha producido una acción de inserción de numerosos grupos de población a los servicios administrativos, asistenciales, educacionales, religiosos, y a la red comercial y cultural existente en aquellos territorios. De no haber sido por dicha acción auto-inclusiva-rentística realizada por los grupos fundadores, aquellas familias estarían quizás re-habitando hoy masivamente el Mapocho, o quizás protagonizando contestatarias tomas hasta de los bandejones centrales y las rotondas. Esto no quiere decir que ello haya solucionado el problema, ni mucho menos que haya terminado con las tensiones sociales derivadas propiamente del problema del habitar popular. Pero sí quiere decir que dichas tensiones han quedado inmersas, incluidas, y hasta atrapadas en el interior mismo de una clase poblacional ya bastante consolidada, a esta altura de la historia. Es esta misma clase la que sufre la presión de dicha tensión en su interior, más que el sistema propiamente tal, y es esta misma clase la que, hasta cierto punto, sobrevive gracias a ello.

La consolidación, durante las últimas dos décadas, de las fuerzas de des-marginalización popular en el seno del territorio poblacional ha significado, de esta manera, la activación ampliada de las fuerzas inclusivas respecto de la reproducción de su propia clase. Se ha producido un fenómeno caracterizado por la acción de fuerzas centripetas desarrolladas desde el interior del territorio social poblacional, absorbiendo o "consumiendo" en su interior la acción de marginalización que viven las generaciones en las que su clase se ha reproducido, apropiándose de ella, absorbiéndola e incluso ali-

mentándose de ella, transformándola en otra cosa, en otra categoría, en "allegados de clase (poblacional)". (Y así nos encontramos aquí con una de las categorías de la segunda lista).

Esto nos abre a otra problemática, que dice relación con el cobijamiento interior poblacional de un gran drama humano que toca las fibras más sensibles de la existencia popular y su dignidad histórica. Mediaguas dobles, cada una de cuyas piezas contiene un mundo familiar completo, donde mutuamente se escuchan los gritos, las fiebres y las frases más íntimas de las noches de amor o desamor. A dos metros, otra mediagua traspasando su vida en la madera; conventillo moderno, privado/popular. Los niños peleando el espacio de su risa a la dueña, pobre como él, pero señora y dueña de casa. Cállate, te digo, no molestes, que es tarde; cállate chiquillo llorando, que es muy temprano; sálete de ahí que molestas el paso; apúrate que quieren entrar al baño. He ahí la vida y el diálogo de los niños del allegamiento.

El mundo popular carga en su interior, así, con la inclusión problemática y contradictoria de su acción histórica de des-marginalización.

Lo cual ha sido, paradójicamente, funcional al proyecto, también modernizante, de exclusión o marginalización popular desarrollado por parte de la clase dominante, durante la dictadura.

¿Por qué decimos esto? ¿Cómo se ha podido producir la convergencia entre el proyecto de des-marginalización popular moderna y el proyecto de marginalización moderna de la clase dominante respecto del pueblo?

¿En qué consiste, históricamente, el proyecto de exclusión modernizante de la élite en el poder? Desde los albores de la historia republicana, la élite implementó un moderno concepto de exclusión que decía relación con la acción de "separación" de los espacios sociales, de "localización" del espacio del pueblo y del espacio de la élite, de "despejamiento" de la cultura del poder, de "replegamiento" de la cultura popular hacia los extramuros. Un moderno concepto de división, distinción, separación y clasificación del espacio social, actuaba como clave de un sistema de "re-ordenamiento" social para la construcción e institucionalización de la gobernabilidad social moderna.

En concomitancia con ese proyecto habría que entender las erradicaciones de pueblo realizadas por la dictadura, desde zonas de residencia de élite hacia zonas ya reconocidas del habitar popular. Consumado el acto, se ha terminado por consolidar o institucionalizar la exclusión: se ha consolidado una institucionalidad asistencial-para-pobres: escuela-para-pobres; salud-para-pobres, municipio-de-pobres. Marginalización institucional/institucionalizada, que levanta un obstáculo estructural al proyecto histórico de democratización social.

Paradójicamente, este fenómeno se ha visto coadyuvado a través de la localización in-clusiva territorial de la clase poblacional, a que antes aludíamos. Los pobres han consolidado su localización territorial, facilitándose el otorgamiento, allí, de una asistencialidad-para-pobres *ad hoc*. Es el curioso fenómeno de la privatización de la asistencialidad popular: para-pobres, localizada en territorio de pobres. Allí la marginalización se ha realizado; es decir, se ha institucionalizado.

Se ha producido, así, la coincidencia histórica, con fines opuestos, del proyecto moderno popular de des-marginación, con el proyecto moderno patrio de marginación.

¿Cómo dinamizar este entrapamiento? Una conocida puerta histórica que al menos permita airear la trampa, dice relación con la develación del contenido ideológico del moderno proyecto histórico de marginación. Es decir, con la necesidad de la edición de un proyecto de democratización real de la sociedad, de la cultura, de la política y de la institucionalidad social. Retomar el hilo de la historia de la democracia iniciada desde los albores del siglo veinte e interrumpida el 73.

Pero aquí se involucra no sólo la sociedad popular poblacional, sino la sociedad chilena progresista en su conjunto. Y aquí nos encontramos con una situación peculiar, que nos induce al traspaso epistemológico de la categoría marginación, hacia el conjunto de la sociedad. Traspaso desde un ámbito de clase popular específica, hacia el espacio histórico ampliado, estructural, que abraza el conjunto de la sociedad: el espacio del "modo de producción socio/cultural", ámbito en el cual el modo de producción se reproduce. Es aquí, justa-

mente, donde re-encontramos la categoría sociedad actual viviendo "marginalizada" respecto de un proyecto de democratización real y sustantiva de la sociedad. La vemos experimentando, en cambio, una mera incorporación funcional/técnica al sistema, a costa de su silenciamiento o "marginalización histórica".

La historia se ha privatizado; es un cuento de familia para relatar a la hora del café de un domingo de septiembre. El nuevo ente técnico se levanta el día lunes, arrastrando a las 8 en punto a sus criaturas a las puertas del colegio. Rueda por la ciudad y consulta su agenda semanal. Calla. Actúa. Es un ente técnico. El "sujeto histórico", el que busca ser habla, escritura, imaginación iracunda, constructor y artesano de caminos propios y ajenos, es un "marginalizado"; a lo más, un artista. Su producción rara de objetos-texto se podrá exhibir, en algunas décadas más, en algún salón cultural. Por eso, recomendamos no romper esas raras y escasas tiras de escritura pegadas de vez en cuando en los muros de la vía norte-sur; serán tesoros codiciados del museo de arte histórico/antropológico. Quizás valdrán millones.

En realidad, la búsqueda epistemológica de la categoría "marginación" o "exclusión social" nos ha conducido a un terreno radical: al "ser" mismo del hombre/mujer histórico actual. La "marginación histórica" define nuestro modo-de-estar en el mundo actual, ella se ha consumido o consumado en el interior mismo de nuestra existencialidad mecanizada, tecnificada.

Esto significa tener que realizar un traslado en nuestro punto de ubicación de la "diferencia epistemológica" e instalarnos globalmente dentro de nuestro tiempo, en una suerte de "fisura de la modernidad". Postura que necesariamente conduce a instalar esta reflexión en algún concepto de "modernidad".

Por "modernidad" deseo entender, aquí, básicamente, una determinada "época histórica", que identifico como "la época del modo de producción y reproducción de sujeto histórico antropológico". Un sujeto -insisto- que fue y pasó a la historia como un sujeto eminentemente antropológico, antropocéntrico, biológico, parlante-escritural, corpóreo, libidinoso, lúdico, mitológico, y que se

desdobló en dos figuras o categorías claves: la categoría "individuo" y la categoría "pueblo" o "comunidad".

Por categoría "individuo" entiendo aquel sujeto que se construye primordialmente desde el concepto smithiano de "interés personal", concebido como la energía motriz instintiva de acción directa, protagonizadora de historia antropológica/antropocéntrica.

Por categoría "pueblo" o "comunidad", aquel sujeto que se construye racional y simbólicamente desde el concepto moreano de "sociabilidad orgánica", en torno a la categoría de "bien común", asumida como idea/fuerza de diversos proyectos encarnados corporalmente en grupos, clanes, tribus, clases, de acción directa, de carácter antropológico/antropocéntrico.

Haciendo un poco de historia genealógica de ambos sujetos antropológicos, vemos como ellos se levantaron, en los inicios de la modernidad, con toda la energía de su emergencia adolescente, en abierta ruptura con Dios-Padre, sustituyéndolo por un padre político, institucional, el Estado, y sufriendo el trauma de la grave ausencia de la tierra o la Madre. Lucharon ambas categorías o ambos antrópodos uno contra el otro, pero configúranse uno en el otro, sobre la arena lúdica y sudorosa de la contradicción. Pero su lucha no fue únicamente bi-polar; su lucha fue también institucional: alcanzar el poder o tomar la administración del Estado o la casa del padre político. Y si bien al individuo el camino no le fue fácil, habiéndole tenido que allanar el Estado moderno sus primeros pasos, lo más extraordinario de la modernidad fue el espectáculo del sujeto/pueblo levantando, con fuerza titánica, la pirámide social en cuya base y bajo cuyo peso había estado condenado, milenariamente, a subsistir. Hemos podido ver el espectáculo de su emergencia histórica, el estampido de la pirámide al caer –feudalismo–, logrando el sujeto "pueblo" o la categoría "comunidad" alcanzar su cima e instalar allí la bandera de su nombre.

Por la puerta de servicio primero, por la puerta lateral después y, finalmente por la puerta principal, la categoría pueblo llegó al poder en Chile; penetró y tomó la casa del Padre. Al hacerlo,

vemos al sujeto pueblo –al contrario de una visión derrotista– alcanzando su plena consumación histórica moderna. Más allá del tiempo que alcanzó a vivir allí o del resultado posterior que tuvo el hecho de su osadía de tomarse el palacio del rey o del padre: el acto de adquisición del gobierno palaciego por parte del sujeto pueblo, fue un acto que se consumó históricamente.

Ello produjo, como sabemos, el levantamiento en armas del individuo, agudizada su furia antropológica, en unión con el desnudado rostro gendarme del Estado. Esta alianza recobrada se encarnó en una figura que, para hacer retomar la historia perdida, experimentó la transfiguración de su cuerpo, recobrando su pelaje, su mandíbula y su rugido, alcanzando la figura primitiva antropo/goriloide. Se trataba del regreso del Tigre, quien se re-instaló como jefe selvático, reinstaurador del castigo adánico. Con rugidos de fiera usurpada procedió a expulsar al pueblo del paraíso, por haber osado ser y saber de su poder histórico.

Durante el proceso de reinstauración del poder de la gran fiera corrió la sangre y, luego de algunos años, hubo lucha; lucha que asumió fuerza social antropológica, utilizando el pueblo primitivo instrumentos de piedra y utensilios primarios de la cocina casera. No obstante, antes de caer, el gorila alcanzó a expulsar a todos los antropólogos fuera del recinto paradisíaco, y a condenarlos a no saber de sí, ni a poder hacer historia; condenarlos al trabajo alienado e inconsciente, mecánico perpetuo. Los transformó en entes técnicos.

Como resultado final, ha quedado, así, suprimido el sujeto histórico antropológico. El fenómeno ha consumido, pues, el ser mismo del hombre. No era, pues, un chiste, aquel concepto de "humanoide" creado por los jefes gorilas. Mucho de humanoide y poco de humano tiene esta figura del ente técnico, de cara redondeada y plana, corredor incansable sobre la pista de rueda de los minuterios y segunderos cotidianos. Incapacitado de hablar/escribir en el apuro de la marcha forzada, eléctrica, mecánica. Drogadicto de las 24 horas, anestesiado, marginal histórico. Impotente.

En palabras de Marcuse: "La impotencia del individuo deriva de un sistema altamente produc-

tivo y eficiente en el que él lleva una vida mejor que nunca. La responsabilidad por la organización de su vida yace en el conjunto, en el 'sistema', la suma total de instituciones que determinan, satisfacen y controlan sus necesidades. El impulso agresivo cae en el vacío o mejor el odio se encuentra con sonrientes colegas, ocupados competidores, oficiales obedientes, útiles trabajadores sociales, todos cumpliendo con su deber, y todos víctimas inocentes".<sup>1</sup>

Hoy existe el Tiempo, no la historia; y esto no porque ella viva su fin, sino porque ella se ha sumergido en el silencio. Mientras el aparato del tiempo circula con una fluidez y exactitud cronológica asombrosa, dando vueltas el camino de su recorrido ya trazado, la sociedad se adormece en el murmullo de su silencio o su a-historicidad.

La sociedad, en su conjunto, se haya técnica o culturalmente proletarizada.

Proletarizada sociedad que ha perdido sus medios de producción cultural, su habla, su escritura, su texto, y debe vender su consciente/inconsciente en el mercado de la oferta y demanda de símbolos constructores del texto ideológico necesario para el aumento de la productividad.

La sociedad va sonambulando, tragando las imágenes y letras que se le obliga consumir, soñando "¿Qué haría Ud. si se sacara el Kino?" "Siempre, Coca-Cola". En realidad, "Mi vida no es la misma sin jamonada Múnchen"; "Tentaciones, de París". Pero, "A la hora de los quiubos, Banmédica es más beneficiosa". Saboreando piernas, lenguas y afrodisíacos, "¿Cuál es su gato preferido?"; "Advance, la marca de bajos índices"; "Desde hoy, la opción es tuya, Abigal, cuerpo natural". Escuriéndose, entre piernas y mochilas apretadas, "Muévete, sólo con Pluma", atontada sociedad sin

entender el verdadero "Parámetro para los que saben, mayonesa Maggi".

Si logramos, al fin, tomar aire y escapar con algunos minutos de lucidez, podremos entender nuestra condición general de proletarios del mercado, que se realiza en torno a nuestra sumisión a los textos ideológicos que han invadido el espacio de lo público, o de la polis, es decir, el espacio de lo político, rompiendo su mentiroso margen de lo privado. ¿Con qué derecho se nos obliga a leer y escuchar o ver la politiquería del texto ideológico del mercado fuera de nuestras faenas laborales, usurpando nuestro espacio libre o emancipatorio?

El problema que ahora enfrentamos tiene el carácter de una disyuntiva radical: el de la posibilidad o no de recuperación del sujeto antropológico.

La radicalidad del problema exige comenzar por lo primero, por lo más elemental del hombre y que lo separa no sólo del reino animal, que sería lo de menos, sino del reino técnico: comenzar por lo primero, consiste en recuperar el *habla*. Por "habla" entiendo el "poder de habitar la historia" (definida como escritura).

La recuperación del sujeto antropológico exigirá, a mi juicio, partir por la iniciación de movimientos emancipatorios del habla que luchasen en contra de la proletarización cultural, es decir, de la exclusión de la sociedad de su estatus histórico, en contra del silenciamiento y de la masiva proletarización de la sociedad. Esto quiere decir, la recuperación del texto.

En este sentido, considero que la modernidad es irrenunciable, en cuanto ella abrió una vez paso al texto del *ántrpos* natural que entró, así, a estampar las huellas de su propia historia. Es necesario reencontrar el sujeto de la modernidad: el *ántrpos* parlante/escriturante.

1. Herbert Marcuse, *Eros y civilización* (Madrid: Sarpe, 1983), p. 99.